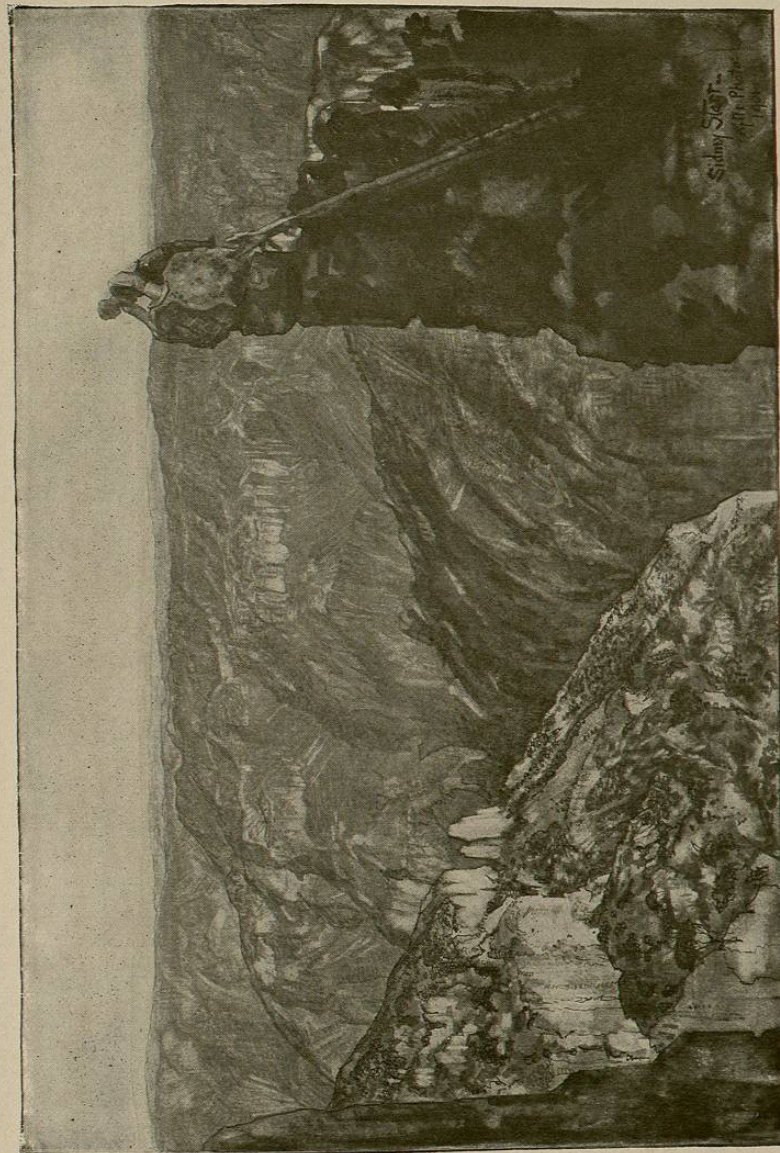


á verse desde nuestro campamento y sólo por conjetura suponíamos, á fin de que persuadiera á algunos tarahumares á servirme de mozos en una excursión que intentaba hacer por aquellos lugares. En dos días pudo formarse un grupo compuesto, además de mí mismo, de Mr. Taylor, el guía, dos mexicanos y cinco tarahumares con su *governador*. Echamos á la espalda de los indios y de los mexicanos bultos que pesaban de 40 á 75 libras, y el guía mismo tomó uno pequeño. No habría correspondido á la dignidad del *governador* llevar carga, pero su compañía nos era valiosa en atención á su grande influencia para con su pueblo.

Fue aquella una excursión en extremos interesante y duró varios días. Gracias á la presencia del *governador*, los indios nos recibieron bien, y ninguno huía, no obstante ser todos ellos grandemente tímidos y vergonzosos. Las mujeres se volvían de espalda á nosotros, pero pasado un rato nos ofrecieron frijoles de una olla que tenían al fuego, sirviéndolos en platos de barro con un par de tortillas encima. En otra vasija que nos fueron pasando, nos ofrecieron su sabrosa sal ordinaria y algunos chilitos que ellos mismos cultivaban, y son muy de su gusto. Pero el plato más interesante, fue el *izquiate*, que por primera vez probaba yo. Hácenlo de maíz tostado, al que van echando agua al molerlo en el metate, hasta que toma la consistencia de una sopa espesa. Debido á ciertas yerbas frescas que á menudo le agregan, llega á tomar un color verdoso, y siempre es fresco y agradable.

Después de atravesar por algunos días muchas millas entre grandes fragosidades, llegué al fin una tarde á una cueva donde se hallaba una mujer haciendo precisamente esta bebida. Estaba muy cansado y no sabía como trepar á la montaña para acampar á unos 2,000 pies arriba; pero cuando hube satisfecho el hambre y la sed con un poco de *izquiate* que me dieron los hospitalarios indios,



Barranca de Urique.

sentí que me renacían las fuerzas, y con gran sorpresa mía trepé sin mucho esfuerzo á tan considerable altura. En lo sucesivo, siempre hallé en el izquiate un amigo en mis necesidades, tan fortalecedor y refrescante, que casi lo proclamo un verdadero descubrimiento, muy útil para



Nuestros cargadores y el gobernador.

todos los que emprendan ascensos en las montañas y para quienes se expongan á grandes esfuerzos físicos. Dicha preparación, sin embargo, no conviene en la vida sedentaria, pues es algo indigesta.

El vestido de los tarahumares, aun de aquellos que han estado en contacto con los blancos, es siempre muy escaso. Tanto en las minas como en las mismas calles de la ciudad de Chihuahua se ven indios casi desnudos y cubiertos únicamente de unos calzones de tosca tela de lana, tejida por ellos mismos, sujetos á la cintura con un ceñidor de vistosos dibujos. Algunos completan su traje nacional con un jolote ó poncho corto, y agregaré, sólo por ser exacto, que la mayor parte tienen unas frazadas ó cobijas

que sus mujeres les tejen muy bien, y en que se envuelven para ir á las fiestas y danzas. Cuando no llevan el cabello suelto, se lo sujetan con cintas de su propia fabricación, bandas de tela de algodón ó tiras de hojas de palma. Á menudo hombres y mujeres se recogen el pelo detrás de la cabeza, y también los hombres suelen trenzárselo.

El traje de las mujeres es igualmente sencillo. Se compone de una estrecha camisa de lana fajada á la cintura con



Tarahumares.

un ceñidor, y una túnica corta, echada sobre los hombros, que generalmente no se ponen cuando están en sus habitaciones de la barranca. Usan también cobijas, aunque no

tanto como los hombres, las que especialmente sirven á las madres para llevar á la espalda á sus pequeñuelos bien derechos. Aunque ahora, por lo común, traen sandalias de baqueta como los hombres, hay muchos motivos para creer que no pasaba lo mismo antiguamente.

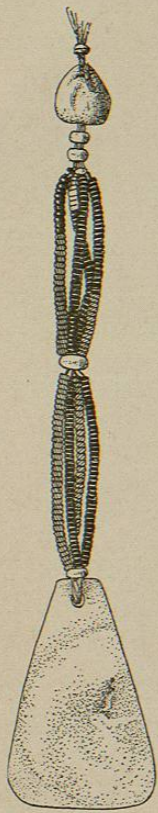
Los indios no tienen especial inclinación á los adornos, y los espejos, por ejemplo, no les llaman grandemente la atención, pues no son afectos á mirarse en ellos. Las mujeres, á menudo, usan pendientes hechos de piezas triangulares de concha sujetas en hilos de cuentas, y se ponen también sargas de abalorios, prefiriendo los rojos y azules. Se hacen igualmente collares con la semilla del *Coix Lachryma-Jobi* que son usados por hombres y mujeres, principalmente con objeto medicinal. Los hombres se ponen una sola sarga de dichas semillas, pero los collares de las mujeres les dan varias vueltas alrededor del cuello. El astrólogo ó adivino, que es á la vez médico y sacerdote, nunca deja de llevar uno de esos rosarios para officiar en una fiesta, pues se cree que las semillas poseen muchas cualidades medicinales, por lo que frecuentemente se las cuelgan á los niños.



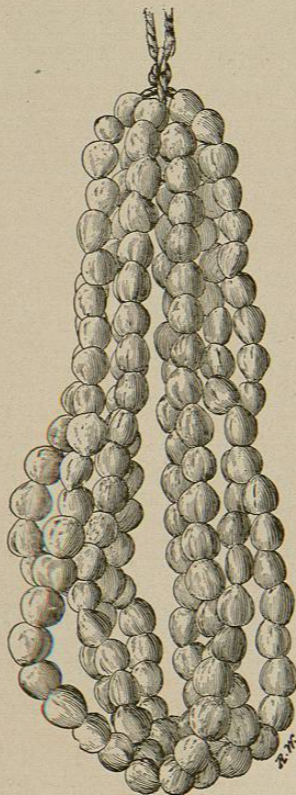
Una tarahumare.

También las campesinas de Italia y España usan tales semillas como preservativo contra las enfermedades, y no faltan mujeres en los Estados Unidos que las empleen para sus hijos, creyendo que con ponérselas al cuello les facilitan la dentición.

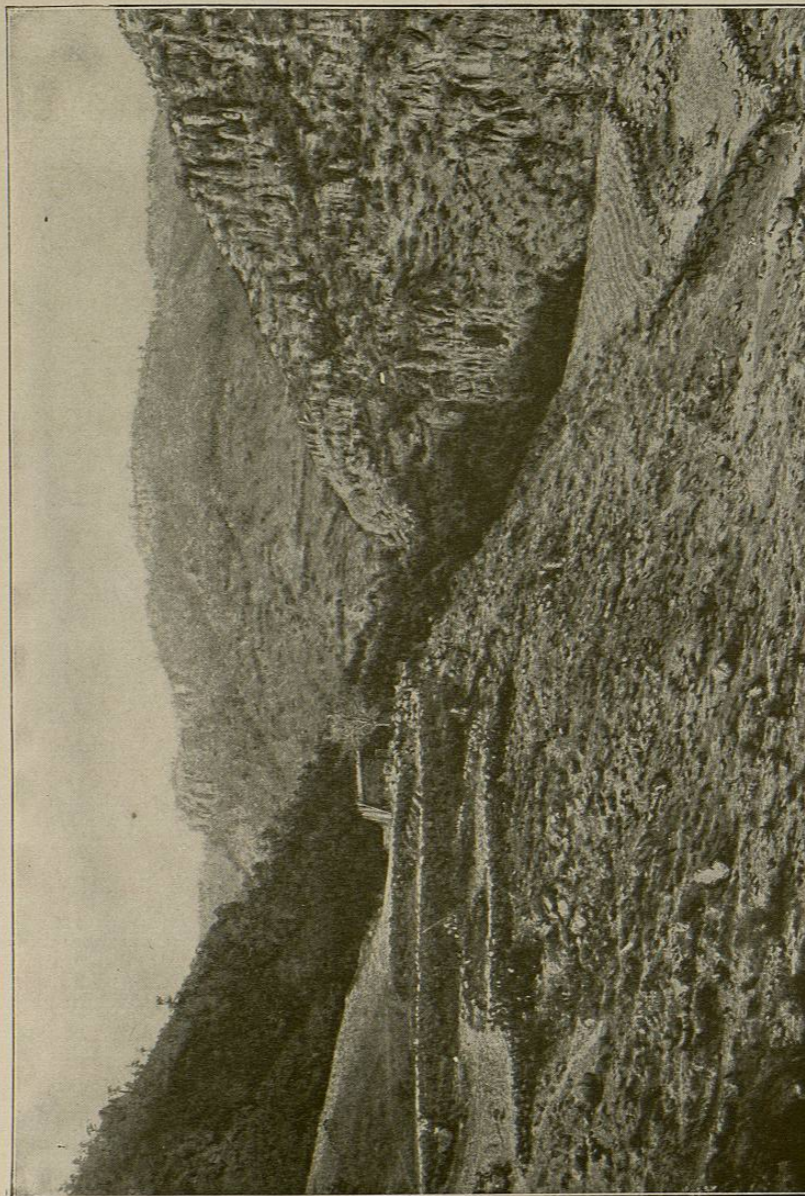
En las barrancas de esa parte del país, observé el hecho importante de que los indios forman una especie de trincheras para sus pequeñas siembras, construyéndolas con todas las piedras que quitan de los sitios que les parecen convenientes, á fin de disponer de tierras de labor en las faldas de las montañas. Así levantan sus cercas por bajo del campo que han preparado, con lo que evitan que la poca tierra que hay, sea arrasada por las fuertes lluvias que mojan el terreno, y logran detener la que llega de arriba, asegurando de esta manera la necesaria para su pequeña cosecha. Hasta es posible arar los campos así preparados. Llegué á contar seis terraplenes semejantes en las pendientes de un arroyo, y en la región montañosa del río Fuerte, hacia el Estado de Sinaloa, se cultiva chile, frijoles, calabazas,



Zarcillo tarahumar. Tamaño natural.

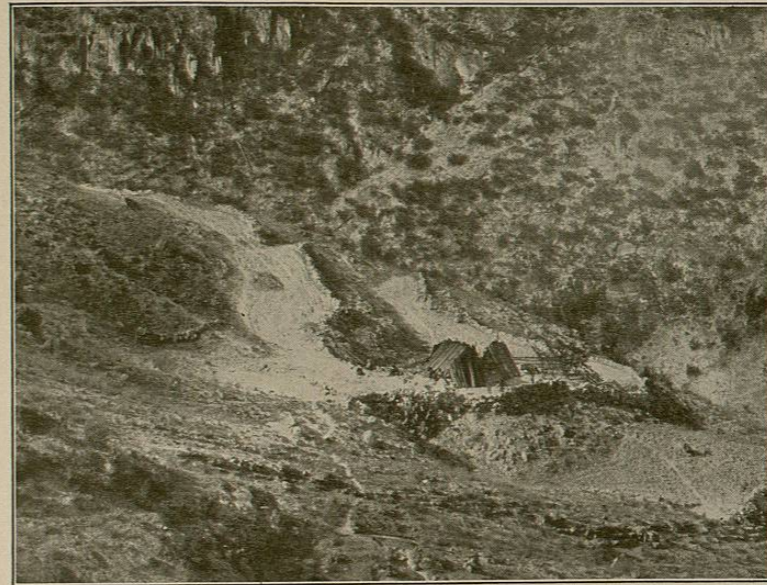


Gargantilla de *Coix Lacryma-Jobi*, (Lágrimas de San Pedro).



Rancho tarahumar junto á la barranca del Cobre, con terrazas sembradas.

*Coix Lachryma-Jobi* y plátanos, en trincheras levantadas al pie de las colinas. Allí tienen la forma de pequeños terraplenes, y se parecen á las antiguas ruinas que hay más al norte en tan gran cantidad que bien su puede suponer que



Rancho tarahumar junto á la barranca del Cobre, con tierra de labor resguardada con cercas.

los tarahumares han puesto á su servicio las reliquias de la antigüedad. Mr. Hartman observó por ahí cuatro, á alguna distancia unas de otras, y de altura de cuatro á diez pies, extendiéndose en anchura tanto como el arroyo mismo en que estaban, ó sea de ocho á dieciséis pies.